

XXI. ANIVERSARIO Fernando Buesa Blanco
URTEURRENA Jorge Díez Elorza



21 DE FEBRERO DE 2021
Palacio de Congresos Europa de Vitoria-Gasteiz

INTERVENCIÓN DE SARA BUESA
VICEPRESIDENTA DE LA
FUNDACIÓN FERNANDO BUESA BLANCO FUNDAZIOA

Recuerdo de niña, cuando volvíamos de viaje después de las vacaciones, las sensaciones al mirar por la ventanilla del coche y ver el territorio conocido. Admirar el paisaje, observar las luces cálidas de la ciudad acercándose... sentirme en casa. Es algo que me sigue sucediendo siempre que paso un tiempo fuera, una sensación reconfortante de arraigo que conecta con una memoria emocional y sensitiva de años.

Todas las personas necesitamos sentir que pertenecemos a algún sitio. Un lugar en el que echamos raíces, desarrollamos nuestra vida y nuestras costumbres, tejemos relaciones y afectos con otras personas de nuestro entorno. Esos vínculos son como una red de seguridad que nos sostiene, nos arropa y nos permite sentir que pase lo que pase no vamos a estar solos, que vamos a estar bien. Nuestra naturaleza es vivir en comunidad.

“Comunidad”. La propia palabra evoca sentimientos positivos: amor, cobijo, calorcito. “Comunidad”. Ser en común. Compartir algo en común. ¿Pero cuáles son los elementos en torno a los cuáles se construye comunidad?

¿Compartir una tierra, un espacio físico?

La proximidad genera contacto y relación. Pero no es suficiente cohabitar en un mismo territorio para ser comunidad. Al fin y al cabo, el alma que da el sentido de comunidad a las ciudades y los pueblos somos las personas que vivimos en ellos, que compartimos las calles e interactuamos entre nosotras.

¿Compartir una cultura, una identidad?

Ciertamente compartir cultura, ideología y visión del mundo une. Pero si pienso en mis propios vínculos, me vienen a la cabeza personas que son muy distintas a mí, incluso con ideologías muy dispares. Personas a las que aprecio y quiero a pesar de nuestras diferencias, que sin duda siento que son parte de mi comunidad y cuyo destino siento unido al mío. Seguro que a vosotros/as os pasa también.

La comunidad natural se teje espontáneamente de relaciones y vínculos afectivos que van mucho más allá de los sentimientos de identidad y del ideario de cada cual. Son lazos e hilos invisibles muy

fáciles de sentir, que nos conectan de una forma profunda, sólida y duradera.

Cuando una comunidad, en vez de basarse en ese componente afectivo que surge de manera natural en la vida, se construye sobre una identidad o una cultura determinadas, entonces deja de ser comunidad y pasa a ser Tribu.

Porque, si lo que une a las personas es una identidad, quienes son, piensan y sienten diferente se convierten en Otros, extraños que al no tener cabida quedan relegados y se vuelven personas invisibles a las que no se toma en cuenta.

El reconocimiento de la cultura y la idiosincrasia propias de un territorio es importante, pero lo es aún más garantizar que todas las personas que habitan en el mismo tienen las mismas oportunidades para vivir su vida con dignidad y conforme a sus valores.

El problema no está en distinguir una identidad, sino en hacer de ella algo absoluto y construir un modelo social y político en torno a ella. Entonces es cuando se cae en el integrismo, en la uniformidad que oprime y excluye.

En Euskadi tenemos buena experiencia de esto:

El proyecto político que ETA trató de imponer mediante la violencia terrorista era un proyecto sectario, basado en una visión idílica de una sociedad vasca homogénea. De una comunidad "pura", donde las diferencias de identidad eran muros defensivos que excluían lo que no formaba parte de ella.

Cuántas personas fueron expulsadas de la comunidad vasca y optaron por marcharse de su tierra porque no se veían reconocidas en esa identidad selectiva.

Algunas fueron amenazadas y salieron del País Vasco buscando una seguridad básica y preservar su integridad física.

Otras no fueron expulsadas de manera abierta o violenta, pero la vida aquí se les hizo insoportable, al no encontrar cabida en el entorno sociocultural nacional extremo que se perfilaba.



Y qué me decís del exilio interior de tantas otras personas que permanecieron aquí sufriendo la exclusión y la ignorancia. Confinándose en su mundo privado ante la falta de libertad para expresarse, para ser y vivir según sus propios sentimientos. Sintiendo relegadas en el ámbito comunitario, apartadas de cualquier prestigio o reconocimiento social y deslegitimadas para aspirar a participar en la vida pública y política vasca.

Todas ellas personas que tenían lazos afectivos y vínculos con el País Vasco, que amaban su tierra, pero que no pudieron desarrollar de forma plena su proyecto de vida aquí. Ni tampoco aportar la riqueza de su pensamiento.

¡Qué pérdida de capital humano para nuestra sociedad!

El grado de exclusión y división fue tal que corrompió incluso el espacio de las relaciones naturales de familia, amistad y vecindad.

Cuando pienso en las relaciones que son importantes para mí y que nutren mi vida, en primer lugar, viene a mi mente mi familia. Luego amigos/as, compañeras/os de trabajo, distintos grupos de personas en los que participo (en el colegio de mis hijos, fruto de mis inquietudes sociales o de mis aficiones deportivas...). También pienso en las personas con las que interactúo en mi día a día: cuando voy a comprar el pan, a la carnicería o la frutería, a la peluquería, a tomar café... vecinos de escalera y también personas que no conozco, pero con las que coincido todos los días esperando al tranvía o que me suelo cruzar en el barrio.

Curiosamente durante el confinamiento he tenido a estas personas muy presentes y me he dado cuenta de lo importantes que son para mí esos contactos sociales más cotidianos.

Y entonces me pongo en el lugar de aquellas personas a las que les negaban el saludo o les giraban la cara por la calle, personas que no eran bienvenidas en el bar, a las que no les atendían en la carnicería. Personas que sufrían insultos, amenazas y persecución, con la aquiescencia o ante la pasividad de sus con-vecinos. Personas que fueron asesinadas, que se desangraron en nuestras calles, sin recibir ayuda y apoyo. Familias que sufrieron el zarpazo del terrorismo y vivieron su duelo en soledad.

¿Cómo fue posible que el pueblo vasco, tan solidario con tantas otras causas, mostrase semejante falta de empatía?

Esa frialdad, que es lo opuesto a la calidez que en teoría se siente y se vive en una comunidad, también enrareció climas laborales, distanció relaciones familiares, rompió amistades. La tensión y el silencio denso invadieron todos los espacios de interacción.

Yo fui verdaderamente consciente del entorno asfixiante en el que vivíamos cuando puse tierra de por medio, en el año 2002, cuando, después de terminar la carrera, tuve la oportunidad de irme a Estados Unidos.

Fue como quitarme una nube negra de encima. Tomar distancia del entorno hostil me permitió levantar el corazón del suelo y me ayudó a enfocar mi energía en mí misma y en mi futuro de manera diferente, más allá del dolor y de la condición de víctima, que me habían acompañado como una sombra fusionada conmigo desde el asesinato de aita dos años antes.

La libertad que sentí allí fue sanadora. Nada me limitaba. Nadie me conocía ni me juzgaba. Podía ser quien quisiera ser. Ese tiempo fue esencial en lo personal para mí.

Sin embargo, aunque en aquel momento eso era lo que yo necesitaba, ese tipo de cultura no es lo que yo elijo para vivir:

El individualismo, los vínculos frágiles y fugaces, la despersonalización, ajena a las desigualdades y a los problemas sociales, destruyen la comunidad, causan los grandes males de la sociedad actual: el desarraigo, la soledad, la crisis de cuidados... y nos incapacitan para afrontar los grandes retos actuales. La pandemia es un buen ejemplo de ello: no vamos a poder hacerle frente si no pensamos con visión global y tomamos conciencia de que es un problema común y de que sólo unidos/as vamos a poder salir de ella.

Pero los grandes retos actuales tampoco van a poder resolverse de ninguna manera con mentalidad de tribu, pensando en términos de "los míos" y "los otros", creando comunidades estancas y excluyentes.



Es momento de repensar la comunidad vasca que queremos construir.

Tras las décadas de terrorismo que hemos padecido, arrastramos un trauma colectivo y un daño muy profundo en nuestro tejido social. El proceso de construcción de nuestra comunidad requiere reparar ese daño y desterrar los vestigios de un comportamiento de tribu que continúan condicionando nuestra convivencia.

Podemos reconocer la identidad y la cultura vascas, y al mismo tiempo preservar los derechos humanos y de ciudadanía, si formulamos proyectos políticos incluyentes, que respeten la diversidad de nuestra sociedad.

El verdadero diálogo entre diferentes se da cuando hay un intercambio de saberes, visiones y valores entre todos los vecinos y vecinas, y cuando todos ellos se tienen en cuenta en la construcción de un modelo de sociedad.

De este modo, escuchando y teniendo presentes todas las miradas, podremos abrir posibilidades integradoras y construir una comunidad inclusiva, en la que todas las personas podamos desarrollar una vida buena y participar por igual de un bienestar y un respaldo comunitario.

Respetar la diversidad y defender la dignidad y la igualdad de derechos de toda la ciudadanía, exige adoptar compromisos éticos y no meramente estéticos.

Por ejemplo, posicionarse claramente contra todas las vulneraciones de derechos y las desigualdades que se producen, rechazar que se homenajee o ensalce a personas que han cometido crímenes, o hacer frente a los discursos que justifican el uso de la violencia.

Necesitamos confrontar con estas realidades que continuamos viviendo hoy en día en Euskadi y decir claramente "esto no". Porque la auténtica tolerancia no es permitir todo tipo de comportamientos.

Sólo así será posible reconectar los lazos que se han roto y crear una red comunitaria en la que todas las personas nos sintamos parte y protegidas.

“Una vida social saludable sólo se consigue cuando en el espejo de cada alma, la comunidad entera encuentra su reflejo. Y cuando la virtud de cada uno, vive en toda la comunidad.” (Rudolf Steiner).

Ser comunidad supone estar al servicio del bien común, comprometernos los unos con los otros. La solidaridad implica incluir en nuestros proyectos personales de felicidad la felicidad y el bienestar de todas las personas y no sólo la nuestra.

La situación de emergencia sanitaria nos ha hecho tomar conciencia de la importancia central de cuidarnos en comunidad. Nos hemos sentido conectadas dentro de nuestra común humanidad. Se ha despertado nuestra solidaridad y han surgido lazos de colaboración nuevos. Muchos pequeños gestos de unas personas hacia otras nos han unido.

Esas pequeñas cosas que nos ponen en relación son las que ayudan a tejer comunidad y abren ventanas de oportunidad para poder transformar nuestra realidad. Y es que sin relación entre las personas no puede haber integración. Hay multitud de personas a nuestro alrededor de las que estamos desconectadas. Es imprescindible conocernos, reconocernos, y reconstruir nexos entre personas diferentes.

Esto implica abandonar la tribu, y también hacer un importante trabajo personal que sane nuestras heridas, para apostar por otro espacio común que habitar.

En todo caso, hace falta coraje.

(...) Y vengo sin embargo. Tal vez a compartir
cansancio y vértigo
desamparo y querencia
también a recibir mi cuota de rencores
mi reflexiva comisión de amor
en verdad a qué vengo
no lo sé con certeza
pero vengo.

(Mario Benedetti. “Pero Vengo”)



Y estoy aquí para aportar mi granito de arena, para que juntas construyamos una comunidad vasca que sostenga a todas las personas.

Porque nos jugamos el futuro y quiero algo mejor para mis hijos.

Porque es mi tierra y soy parte de ella. Porque todos vosotros sois parte de mí también y cada una de nosotras somos necesarias para crear una nueva cultura colectiva.

En la oscuridad no podemos ver más allá de nosotros mismos. No distinguimos ni reconocemos a otras personas, salvo a las que tenemos al lado. Nos cuesta situarnos y comprender lo que sucede a nuestro alrededor.

Para salir de las sombras, necesitamos luz.

Todas las personas tenemos una luz que emana de nuestro interior e irradia cuando damos lo mejor de nosotras.

Vosotras/os tenéis también cada una/o vuestra luz (Nota: las personas asistentes al acto tienen en cada asiento un bastón con diferentes posiciones de luces led).

Prender nuestra luz en la oscuridad y mostrarla al mundo es difícil, pues nos sentimos expuestas y vulnerables.

Pero cuando una luz se enciende a menudo encuentra resonancia con otras.

Vamos a representar esto. Coged vuestro bastón. En la base podéis ver que tiene un botón, que sirve para encenderlo. No lo pulséis de momento.

Lo que vamos a hacer es lo siguiente:

Cuando una persona encienda su luz, las personas que estáis sentadas justo a los lados, delante y detrás de ella encendéis las vuestras también. ¿Sí?

Cuando veáis que la persona que tenéis sentada al lado, delante o detrás vuestro enciende su luz, encended la vuestra.



Vamos a probarlo.

Cuando nos atrevemos a encender nuestra luz, ofreciendo lo mejor que tenemos, las personas que la reciben conectan con ella y responden iluminándose también, de manera que la luz se expande en un efecto multiplicador.

Entonces, esa luz temblorosa que inicialmente mostramos tímidamente comienza a desprender un brillo cálido. Y absorbe y refleja a su vez las luces que las demás personas han encendido también, captando los distintos colores de cada una de ellas.

Pulsad de nuevo el botón de vuestro bastón de luz.

Desde esta posición, estando conectadas, con nuestra luz sintonizada con la de todos los demás, con la mente y el corazón abiertos, somos capaces de vernos entre nosotros, de sentirnos como iguales.

A partir de aquí, y con esta imagen en nuestra retina como punto de partida, podemos decidir qué tipo de luz escogemos ser, cuál expresa mejor nuestra personalidad, nuestras ideas, sentimientos y valores.

Eduardo Galeano, en su cuento "El mundo" describía el mundo contemplado desde arriba como "un mar de fueguitos". "Cada persona brilla con luz propia entre todas las demás. No hay dos fuegos iguales. Hay fuegos grandes y fuegos chicos y fuegos de todos los colores. Hay gente de fuego sereno, que ni se entera del viento, y gente de fuego loco, que llena el aire de chispas".

Al igual que en este cuento, vuestro bastón de luz puede proyectar distintas luces: vamos a pulsar una vez más el botón. Ahora desprendemos una luz blanca, serena, como un faro que ilumina con claridad y guía nuestro camino.

Lo pulsamos de nuevo y nuestra luz se vuelve vibrante, llena de energía, fuerza y color: Roja. Azul. Verde.

Os animo a que durante un par de minutos exploréis los distintos tipos de luces. Al hacerlo conectad con vuestra luz interior, con lo mejor que tenéis para ofrecer al mundo, para aportar a nuestra comunidad.



Escoged una de las luces, la que mejor sintonice con vosotros, con vuestro ser o con vuestro estado en este momento.

Cuando elijáis vuestra luz, dejad vuestro bastón encendido en esa posición.

La comunidad vasca se asemeja un poco a esto. Podemos elegir qué tipo de comunidad queremos ser: ¿Una comunidad oscura? ¿Una comunidad en la que una parte de la ciudadanía no tenga opciones de mostrar su luz? ¿Una comunidad monocolor? ¿O esta comunidad, viva, cambiante, multicolor, en la que todas las personas puedan escoger su propia luz y brillar con luz propia?

Zabal dezagun kolore askotako argiak dituen itsaso hori.
(Proyectemos ese mar de luces multicolor).

Eraiki dezagun elkarrekin euskal elkargo gizatiarra, zauriak sendatuko eta pertsona ezberdinen lokarriak berregingo dituen.
(Construyamos juntos una comunidad vasca humana que repare heridas y reconstruya lazos entre personas diferentes).

Elkarrekiko begirunez eta arduraz ehundutako batasuna, guztiok partaide eta babestuta sentituko garen elkargoa.
(Una comunidad tejida de respeto y cuidado mutuo en la que todas las personas nos sintamos parte y protegidas).

Bihur dezagun gure herria harro sentiarazten gaituen lekua, bere nortasun eta kultura berezkoengatik eta, batez ere, leku irekia eta abegitsua delako, non bakoitza askatasunez izan, senti eta bizi daitekeen.
(Hagamos de nuestra tierra un lugar del que sentirnos orgullosos, por su identidad y cultura propias, y sobre todo por ser un lugar abierto y acogedor en el que cada uno pueda ser, sentir y vivir libremente).

Mila esker!



@Fundacion_Buesa

#InMemoriamXXI

Fundación Fernando Buesa Blanco Fundazioa

C/ Los Herrán, 46C-bajo • 01003 Vitoria-Gasteiz (Álava) • Tfno.: 945 234047
info@fundacionfernandobuesa.com • www.fundacionfernandobuesa.com